

DESFILE de la VICTORIA

por
Miguel MUÑOZ DE SAN PEDRO
(Conde de Canilleros)

MAYO de 1939. Banderas ondeantes al viento... Aviones surcando el cielo... Trepidar de tanques y de viriles pasos marciales... Gritos de una muchedumbre enardecida... Madrid contemplaba el Desfile de la Victoria, remate de la guerra civil.

Presencié aquel espectáculo y vi en la tribuna del Cuerpo Diplomático una gloriosa reliquia de historia europea: el Mariscal Petain. Francia lo había mandado como Embajador, para suavizar con este nombramiento la actitud hostil a la causa nacional. El viejo soldado prestaba aquí otro servicio a su patria, porque su significación, exclusivamente militar, cubría el recuerdo de la actitud de los políticos franceses.

Allí vi por vez primera a Petain, al que más tarde me presentaron. Coincidi varias veces con él. Ese fue todo mi trato con el Mariscal, sin anécdotas, reducido a cordiales cambios de saludos y comentarios. Sin embargo, la magnitud de su figura y lo que ocurrió después, no me permiten olvidar aquel corto trato y me fuerzan a hacerle un hueco de honor en mis *Recuerdos*.

En una de las ocasiones que charlamos, le dije que le había visto por primera vez en el Desfile de la Victoria.

—Inolvidable, inolvidable —comentó—. Ese desfile de la Victoria fue también mi primer enfrentamiento con España. Recordaré siempre ese desfile de la Victoria.

Yo también iba a recordarlo siempre que recordase al Mariscal.

Cuando le conocí tenía ochenta y tres años, pues nació el 24 de Abril de 1856, siendo su nombre completo Enrique Felipe Petain.

Su historia militar había sido larga y brillante. En 1915, en la primera guerra europea, intervino en la ofensiva de Champaña, como Comandante de un Cuerpo de Ejército, siéndole confiada luego la defensa de la plaza de Verdún, misión importantísima, que le valió en 1918 el grado de Mariscal.

Tras brillantes campañas en Marruecos, fue Ministro de la Guerra en Francia y vino luego, como se ha dicho, de Embajador a España, logrando con su tacto y prestigio encauzar una amistad que otros habían enturbiado.

Su estancia aquí fue corta, porque la segunda guerra mundial volvió a requerirle para tareas militares. No le vi más.

Entonces empezó a agigantarse la figura de Petain, Vencida Francia, hizo una paz honrosa con Alemania, formando en Vichy un Gobierno, para salvar de la catástrofe lo que fuera posible. Discretamente mandó en la zona no ocupada por los alemanes, prestando a su patria un gran servicio, más de estimar que los heroicos, por lo que suponía de humillación y falta de brillantez.

El fin de la contienda trajo la monstruosidad jurídica de convertir en «criminales de guerra» a los que en cumplimiento de sus deberes, habían servido a su patria, por el solo hecho de haber sido vencida ésta. Petain fue a Suiza el 24 de Abril de 1945, día en que cumplía ochenta y nueve años. Acusado de colaboración con los derrotados alemanes, tuvo que comparecer ante un tribunal. Frente a las acusaciones, hizo esta magnífica declaración:

—En 1918, conduje a Francia a la victoria; en otras ocasiones, siempre que Francia me necesitó, no vacilé en entregarme a ella en cuerpo y alma. Respondí a estas llamadas a pesar de mis años. Yo era el heredero de una catástrofe de la que no había sido el autor. Mi vida es una cosa de poca importancia. He dado mi persona a Francia. Os repito, podeis condenarme, pero ante el mundo quiero decir una cosa: Condenais a un hombre inocente y debeis estar preparados para soportar las consecuencias. No pediré merced, porque un Mariscal de Francia no lo hace nunca. Vuestro juicio será contestado por el juicio de Dios y la posteridad.

Sentí emoción al leer esas palabras, dichos por el heroico y venerable anciano que yo había tratado. Le admiré más héroe que nunca, porque en aquel vergonzoso proceso, el único vencedor era él, no los compatriotas que le juzgaban al amparo de una victoria que otros habían conseguido para ellos. Me lo imaginaba en las vistas de su causa

tan arrogante y tan señor como cuando le ví por vez primera, porque aquello era su auténtico desfile de la victoria.

A pesar de todo, le condenaron a muerte, aunque, como es lógico, nadie se atrevería a ejecutar semejante sentencia. La pena le fue conmutada por la de cadena perpetua. El venerable anciano, el heroico soldado, la gran reliquia histórica de Francia, fue a cumplir la prisión en Portalet, primero, y luego en la fortaleza de Pierre Levée, en la isla de Yeu, en medio del Atlántico.

En Abril de 1951, ante su grave estado de salud, se le condujo a una casa de Port Joinville, capital de la isla. Allí entregó su alma a Dios, a las ocho y media de la mañana del 23 de Julio del citado año, a un lustro de cumplir el siglo de vida.

La muerte fue su último triunfo sobre los que con tanta ingratitud e inhumanidad le trataron, porque mientras ellos se sonrojaban de vergüenza, el mundo reverdecía los laureles del Mariscal, más inmarcesibles que nunca al partir de esta vida en su último Desfile de la Victoria...



L L A M A S D E C A P I C U C I O N A Z

Acababa de comprar el coche; se recreaba celándolo como niño en día de Reyes.

Las cerillas tienen una vida pacífica y recogida, en comunidad, hasta que alguien las saca de la celda y les calienta la cabeza.

Dejó de usar el reloj de pulsera porque adelantaba y sentía el temor de padecer de fiebre crónica.

Comenzó a aborrecer los puños de la camisa cuando su mujer tuvo el primer parto de gemelos.

El Nuevo Continente tiene una silueta femenina de figurín de los años veinte.

El autogiro parece la más inofensiva y bondadosa de las naves aéreas; por eso, cuando vuela, lleva siempre una aureola de santidad.

La cebolla es una planta sembrada por la cabeza.

El automóvil ha venido a ser un juguete para mayores.

Las gafas ahumadas suelen ser un antifaz que muchos utilizan para defensa de su timidez.

José CANAL